



El porvenir de una ilusión

Alejandro **Mendoza P.**

Facultad de Filosofía y Letras

**Un cuento que seguramente
Freud habría leído ruborizado**

Tendría yo diecisiete años cuando sucedió lo que les voy a contar. Deseaba mucho a una chica de mi grupo de preparatoria. Teníamos una buena relación y me quería mucho, desgraciadamente no en el mismo sentido que yo. Desde entonces pretendía escribir. Ella lo sabía y me pedía mis cuentos. Le entregaba todo lo relacionado con sexo, únicamente los perversos. Hacía esto con la esperanza de que algún día tuviera ganas de hacer el amor conmigo. Esperaba su llamada todas las tardes, "Jano, he leído uno de tus cuentos. Ven y hazme el amor". Obviamente dicha llamada jamás llegó.

Pero en su lugar un día marcó y me dijo, "Jano, te quiero invitar a comer. Mi madre ha leído tus cuentos y quiere charlar contigo". Eso siempre pasaba. A mis compañeros nunca les emocionó leerme, en cambio, a los padres sí les surgían algunas dudas sobre ese escritor extraño, amigo de sus hijos.

Dos días después estaba en una mesa de madera fina comiendo como cerdo. Habían preparado un espagueti delicioso. No deseaba hablar de letras,

tan sólo quería comer y comer. El pan de la casa era exquisito. La madre de mi amiga tendría unos cuarenta y tantos años. Era muy guapa, apenas se acentuaban unas arrugas en la cara. Pero no eran arrugas de las feas, esta señora tenía vejez sensual. Su rostro parecía enojado todo el tiempo y los repliegues de su cara me obligaban a imaginarla en un orgasmo. Exacto, así era. Una mujer con arrugas en la cara por exceso de orgasmos.

No sé de dónde salían tantas cosas de mi cabeza. Me imagino que era culpa de la pubertad. "He leído tus cuentos", me dijo la Señora. "Me han parecido interesantes. Creo que te gustaría mucho leer a Freud". Di un gran sorbo al agua de tamarindo y seguí viendo su rostro. En realidad, nunca me había interesado mucho el padre del psicoanálisis, pero si la madre de mi amiga me impartía la teoría, no tendría ningún problema en leerlo.

Pronto acordamos que leería *Psicopatología de la vida cotidiana*. Me atraganté un deleitable postre y me despedí. Con tal de ver a la Señora de nuevo leí el libro en menos de una semana. Fueron muchas horas las que

pasé con Freud. Su escrito era interesante. Leía sobre todo esas cuestiones del inconsciente y después, en un arranque de inconsciencia, me masturbaba pensando en la madre de mi amiga y sus arrugas.

Llegué el sábado por la mañana a su casa. Toqué la pequeña campana. Pronto salió la madre en un traje de baño corto. Mi pene se levantó inmediatamente. La Señora tenía muchas más virtudes de las que había imaginado. ¡Era un monumento la maldita! "Me estoy asoleando", me dijo calmadamente. La veía con su piel apetitosa mientras se untaba la crema de broncear. Me dieron ganas de pedirle permiso para masturbarme enfrente de ella, pero el *super yo* controló el deseo.

Empezamos a platicar sobre el libro. Ella se recostó y estiró unas hermosas piernas perfectamente depiladas, llenas de lunares modestos que aparecían de repente. Mis ojos trataban de encontrar los pezones detrás de la delgada tela. Ella me explicaba las profundas cuestiones de la psicopatología y la relación entre el *ello*, el *yo* y el *super yo*. No entendía nada de eso. Para mí todo era lo mismo. Mi *yo*, mi *super yo*, mi *ello* y toda cosa que pudiera existir dentro de mí, estaba hirviendo. Pensé en pedirle el baño y descargar ahí. Pero no quería interrumpirla. Ni siquiera me acordé de su hija. Le pregunté algunas dudas sobre ciertas palabras y terminología.

Antes de lo que hubiera querido, habíamos terminado de revisar todas las cuestiones importantes del libro.

Ya estaba más calmada mi excitación. Nos despedimos y acordamos que ahora leería *El porvenir de una ilusión*. Veía los tres tomos de las obras completas y sentía la oportunidad de mi vida para hacer que una señora se enamorara de mí. Recordaba las arrugas y por alguna extraña razón suponía que la madre de mi compañera era excelente haciendo el amor.

Me desvelé leyendo el nuevo libro. Me gustó mucho más que el otro. Por momentos hasta olvidaba la razón de mi lectura. Llegué el siguiente sábado y ella puso una cara de sorprendida. A ese paso podría acabar la obra de Freud en unos cuantos meses. Se estaba asoleando de nuevo. Luego descubrí que todos los sábados lo hacía. Empecé a averiguar sobre su vida. Todo era perfecto, divorciada, sin novio, con una hija hermosa. ¿Qué más podía pedir? Ella me explicó la importancia de ese libro. Me ilustró en todas

las cuestiones del instinto, sobre la coerción mental sexual, sobre el fetiche y demás cosas que para mí eran sumamente eróticas.

Pensé en confesarle mis deseos conscientes, "Señora, quiero hacer el amor con usted en la azotea, junto al tinaco. Ansío meter mi pene en su axila y moverme como una lombriz dentro de ella, quiero hundirme en sus cabellos y gritar como orangután. Deseo explicarle el complejo de Edipo mientras le chupo los pezones, hablarle sobre el delirio y los sueños mientras usted arruga su rostro sensual. Señora, quiero ejemplificar el concepto del sadismo dental y el de masoquismo con usted. Añoro hacer emanar sus zonas erógenas. Quiero disfrazarme de Freud, ponerme sus largas



barbas y chuparla hasta que explotara en un gran orgasmo". Todo eso le quería decir.

El instinto, decía ella, es uno de los conceptos límites entre lo psíquico y lo físico.

Con esas palabras me calmaba un poco. Cuando pasaba mucho tiempo íbamos a la sala. Ella se envolvía en una bata blanca y seguía ilustrándome. En realidad era buena maestra. Nunca supe si ella se daba cuenta de mis antojos carnales. La cosa es que me hablaba de la sexualidad perversa en la psiconeurosis y me sentía realmente identificado con ciertos aspectos.

Gracias a estas sensaciones aprendí sobre los principios del placer, sobre el tabú de la virginidad, acerca de la psicología de las masas, el malestar en la cultura, el porqué de la guerra y miles de cosas más. Pero el verdadero problema llegó cuando revisamos la inhibición. Fue entonces cuando decidí no ser un inhibido de mierda y expresarle mis verdaderas pasiones.

"Señora", le dije, "Deseo hacer el amor". En eso entró su hija. Venía muy feliz de algún lado. Nos saludó y se marchó a la cocina. "¿Decías", me preguntó la Señora. No supe qué contestar y saqué otra duda. Pasaron los *Estudios sobre la histeria, El chiste y su relación con el inconsciente, La interpretación de los sueños* y otros libros. Una tarde, finalmente me atreví de nuevo a expresar mis deseos.

"Señora", le dije, "Deseo hacer el amor...". Me quedé trabado, mi consciente no me permitía hablar. Ella intervino en ese momento. "Es muy normal a tu edad, no es nada patológico". Quise comentarle lo de la axila, pero mi lengua no me dejaba. Se

desvió la charla y terminó la sesión. Seguí leyendo como monje sobre la teoría sexual. Pasaron semanas, libros, preguntas, tardes y jamás me atreví a confe-



sarle mis deseos. Formulé una teoría sobre mi autorrepresión y la cantidad de perversidad dentro de mis antojos carnales. Realmente me creía un psicoanalista. Pero para mi desfortuna, al terminar el último libro de Freud, ella me explicó que eso ya estaba siendo descartado y me abrió las puertas hacia las nuevas tendencias psicoanalíticas. Me prestó un libro de Lacan y otro de Jung.

Terminé la preparatoria y la obra de Freud. Jamás me atreví a decirle que deseaba hacer el amor con ella mientras discutíamos sobre psicoanalistas. Nunca supo sobre mis deseos de disfrazarme con barba y lamerla hasta morir. Decidí estudiar psicología e hice mi tesis sobre "la autorrepresión sexual". Me convertí en un estudiante destacado. Logré terminar mi doctorado en Alemania. Fui un maldito éxito en todo. Cumplí cada uno de mis objetivos, pero jamás tuve mi pene en su axila. Me arrepiento mucho, de verdad lamento no habérselo confesado... ●